

## 24. LA OVEJA PERDIDA

*"En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: «Ése acoge a los pecadores y come con ellos»*

*Jesús les dijo esta parábola: «Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarrizada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento reúne a los amigos para decirles: "¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? (Lc 15,1-32).*

**El evangelio según San Lucas** narra, de modo sublime, el misterio insondable de la bondad infinita de Dios, Padre, en estas tres parábolas de la misericordia, perlas de las parábolas: La oveja perdida, el dracma y el hijo pródigo.

Las dos primeras parábolas insisten en la alegría que Dios siente cuando un pecador se convierte. En la primera parábola, la oveja descarrizada se pierde "fuera" de casa; en la segunda, la moneda se pierde "dentro" de casa. Los de cerca y los de lejos, todos son buscados y, hallados, vienen a Dios. "Todos hemos pecado" (Rom 3,23), dirá San Pablo. Jesús proclama el gozo de un Dios, Padre y Madre, que otea le camino, que sale, espera, busca al hombre y lo abraza a su vuelta a la vida. Aquella oveja y aquella moneda tienen en común el ser objeto del amor inmenso de Dios, que va a los que están perdidos. Con ello, Jesús intenta justificar su trato a los publicanos y pecadores y presenta a Dios, como pastor que cuida de todas las ovejas, en especial, de las descarradas y perdidas.

La finalidad de esta parábola de la oveja perdida es evidente: Así como el pastor busca la oveja perdida, Dios, al pecador; es voluntad clara de Dios que no se pierda ni uno de sus "pequeñuelos". La misericordia de Dios por el pecador es tal que no sólo le ofrece su perdón estático, sino una misericordia dinámica: lo busca de mil formas, hasta hallarlo en su perdición; y eso se confirma por la alegría que se da en el cielo por el encuentro. Dejar las noventa y nueve, salir a buscarla y traerla sobre los hombros, es muestra de la alegría; convocar a los vecinos para que se alegren del hallazgo es un rasgo que indica una finalidad superior de señalar la solicitud y gozo de Dios en la búsqueda y conversión del pecador; se convocan a familiares y amigos para celebrar el acontecimiento; se festeja la idea de buscar y la alegría de encontrar. Sin duda, Dios no es que ame más al pecador arrepentido que a los justos que dejó esperando, esto es una simple paradoja oriental, pues, Dios quiere a todos por igual.

La parábola del hijo pródigo, propia de San Lucas, es una página de las más bellas de la Literatura Universal y de las más profundas en riqueza teológica del Evangelio; incide, con efusión y ternura, en la misericordia de Dios sobre el pecador arrepentido. Todos los elementos muestran la solicitud de Dios por el pecador para perdonarlo. Literariamente es una parábola, aunque con algunos elementos alegorizantes. La figura del padre es el núcleo del texto. El tema central no es «el hijo pródigo», sino el perenne perdón de Dios, Padre y Madre, que ansioso espera e indaga para abrazar siempre.

Estas parábolas ponen la mirada en el valor de la conversión y la reconciliación del hombre con un Dios que "no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez 18,23). Mientras los fariseos y maestros de la ley se mantienen a distancia de los pecadores por fidelidad a la Ley (Ex 23,1; Sal 1,1; 26,5), estos -gentes que no se preocupaban de la pureza «legal» farisaica- acudían a Cristo para oírlo. Por esto, los fariseos y escribas censuran que come y acoge a los pecadores. Las tres parábolas responden a esta acusación. Originariamente, son la respuesta de Cristo a las críticas farisaicas ante la admisión de «pecadores» en el

reino. Jesucristo de forma indirecta, argumenta, que su conducta refleja la acción amorosa de Dios mismo. Al "excluirme a mí, renunciáis al Dios Verdadero".

San Pablo escribe a Timoteo: "*Doy gracias a Cristo Jesús, Nuestro Señor, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio. Eso que yo antes era un blasfemo...*" (1 Tm 1,12-17). Recuerda su pasado de "blasfemo, perseguidor y violento", y se presenta pecador redimido por el gesto gratuito de Cristo, que realizó aquel sorprendente cambio, todo eso ha sido borrado por la misericordia de Dios y la gracia de Cristo, que, al mismo tiempo, abre un futuro de luz y de esperanza en su vida; no sólo ha recibido el perdón amoroso de Dios en Cristo, sino también que ha sido "ejemplo de los que van a creer, para obtener la vida eterna". No quiere que admiramos su conducta ni sus virtudes, sino la manifestación de la misericordia de Dios en él, -ciertamente, distinto de la hiperbólica y alienante descripción de méritos y milagros en tantas biografías de santos-. "La misericordia de Dios conmigo, nos dice Pablo, es una simple muestra de lo que hará también con vosotros" (cf. v.16). Partiendo de esta visión nunca estallaría en la comunidad el conflicto jerarquía-fieles; conflicto que, por otra parte, se convierte en insoluble, cuando una de las dos partes contendientes pretende tener el monopolio, ya sea del trigo, ya de la cizaña. Es una herejía práctica creer y actuar como si el trigo o la cizaña estuvieran solamente en una de las partes.

Jesús se manifiesta testigo excepcional del amor de Dios; lo que los maestros de la ley le critican no es que hable del perdón al pecador arrepentido, ya muchos textos del Antiguo Testamento hablaban del perdón divino. Lo que sorprende radicalmente es la conducta de Jesús, que, en lugar de condenar, como Jonás o Juan Bautista, o exigir sacrificios rituales, para la purificación, como los sacerdotes, come y bebe con los pecadores, los acoge y les abre gratuitamente un horizonte nuevo de vida y de esperanza. Esta es la tesis que hoy inculcan las paráboles; su objetivo primario reside en ilustrar la raíz profunda de la misericordia de un Dios que Jesucristo manifiesta y llama "Padre". "Acuérdense de sus palabras, dice Santa Teresa de Jesús, y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad de dejar de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito por siempre, amén y alábenle todas las cosas" (Libro de la Vida 19,15).

Camilo Valverde Mudarra